

## Q

**Quebrado**, del latín *crepitus*. — Fracción de la unidad.

Menos que el uno ideal nada puede ser. El uno ideal (sujeto, yo) es indivisible; pero el uno real es el uno múltiple, unidad y totalidad, relativas á la multiplicidad á que se refieren.

En este sentido se conciben fracciones de unidad y se las somete al cálculo.

No hay fracciones posibles de la unidad ideal ni del ser viviente que la realiza.

**Quebrar**, del latín *crepare*, rechinar. — Se quiebran los objetos exteriores, no el interno que llamamos sujeto. Este, si se quiebra, es en forma simbólica cuando degenera de bueno en malo.

Por eso la unidad aritmética, que es ideal, no admite quebrados. El quebrado aritmético es un problema, al que corresponde en el cálculo infinitesimal la fórmula  $(\frac{1}{2})^m = A$ .

Problema soluble cualesquiera que

sean  $m$  y  $A$ , con la reserva de una diferencia indefinidamente minorable.

Se puede llegar á un todo *cualquiera*, con *cualquier* número de partes, si se entiende por cualquiera lo indefinido, lo de *valor negativo*.

Pero si damos valor *positivo* al todo cualquiera, habrá que fraccionar correlativamente las partes.

Sólo quedará el peligro de que, si el todo cualquiera es variable y también el fraccionamiento de sus partes, corran ó no parejas la totalización y el fraccionamiento.

Si tantos requisitos hacen falta para llegar á una *exacta relación* (identificación y distinción), en aritmética, no son menos los que se reproducen en todas las funciones de la vida, para que no *quiebre* por lo más ó menos delgado el pensamiento filosófico.

**Querer**, del sánscrito *qish*, moverse, y del latín *querere*, buscar. — Ejercicio de lo indefinido en relación con todo lo definido, así en realidad

como en idea, en la función de pensar.

Lo definido en un momento dado, todo el espacio inmóvil, linda con el tiempo, que le obliga á indefinirse y definirse, por un acto que en el pensamiento humano es el de querer conscientemente. Todo lo que se *hace* es un hacer *impersonal*, al que sólo falta particularizarse en una persona ¿quién es el que quiere? Desde luego procede contestar el que siente su querer, ya obedezca como instrumento, ya mande conscientemente. Si obedece se somete; abdica su querer en el querer ajeno, al que sirve de medio; si manda, conscientemente se vale de sí propio y no es instrumento de nadie.

El tiempo lo arrebató todo, lo quiere todo; y en fuerza de quererlo todo nada quiere mientras no quiere algo particular, encarnándose en algo determinado. Este algo, en la más alta encarnación del tiempo; es el hombre; y el hombre quiere por su cuenta propia, sabiendo *además* que ejercita la función de querer, porque la siente en las entrañas de su pensamiento.

¿Qué importa que la función no esté toda entera presente en el hombre mismo? Lo está en cuanto tiene de objetiva y determinada para él; lo demás es indeterminado, y lo indeterminado no la hace dentro del hombre, sino mediante el hombre, que es entonces su instrumento peculiar. El instrumento es aquí el inmediato representante de lo indeterminado, bajo la única forma que puede tener. Cúmplase, pues, lo indeterminado, y ya que el hombre lo cumple conscientemente, responde de ello en su tiempo y lugar.

Los demás seres vivos cumplen

también lo indeterminado; pero inconscientemente en el reino vegetal y en el animal con inconsciencia relativa, con ignorancia de lo que siente sólo la conciencia humana: quieren ó no quieren sin entender ni reflexionar.

El reino inorgánico carece de facultad de querer ó no querer; obedece en general por necesidad correlativa con la espontaneidad de lo viviente.

**Querer amando**. — El verbo *querer* se ha usado indistintamente para expresar voluntad y pasión, y esto es muy significativo.

Efectivamente lo que se *quiere es querido*, y por lo tanto se quiere por activa y por pasiva.

¡Cuánto te quiero! dice el que ama á una mujer, y en efecto, la quiere poseer.

Querer por activa y por pasiva es la función completa del querer. Esta mutualidad caracteriza á un buen matrimonio.

Otro círculo más en la función de vivir compuesta de tantos círculos. ¡Cuán grato porvenir en una serie de círculos; si no los rompiera todos definitivamente la muerte; ó los rompiera sólo transitoriamente, como se rompen á cada instante para producirse y seguir viviendo!

Esto sería lo mejor. Confiemos, pues, en lo mejor desde el punto de vista científico, como se confía en el místico, porque lo mejor debe siempre ser.

**Quien**, del latín *quis*. — La unidad, la diferencia, el instante que constituye el punto de confluencia entre lo definido y lo indefinido, entre lo real y lo ideal.

Sin este punto de confluencia se desata el nudo de la vida; quedan los

polos separados, inmóviles, eternamente estériles.

Al menos desde el punto mismo de confluencia, que es el sujeto humano, no se puede pensar de otra manera.

Ese *quien*, punto medio entre dos puntos, es constantemente el hombre; atraído y repelido, hecho y deshecho en direcciones contrarias (acción y pasión), y llama vivir á este vaivén continuo que á menudo le marea.

**Quietismo**, de quietud.—Sistema que consiste en la abstención del pensamiento, ensimismado en la contemplación de Dios, de tomar participación en el ejercicio de la vida humana.

Este abandono de la razón á la tendencia de lo divino, aunque pueda parecer á primera vista muy laudable, expone en la práctica á los más graves peligros, hasta rebajar enormemente la condición humana.

Verdad es que la teoría proporciona al quietista un correctivo, del que puede hacer uso, para rectificar impulsos sentimentales degenerados, cuando le inspira un sentimiento yivaz y regenerador. Mas el uso de tal correctivo sólo puede esperarse en quien tenga á su mano, como el quietista santificado de hecho y de derecho, remedios aplicables á los males de la vida humana; y la razón necesaria para sentir y conocer las enfermedades, y atender á su curación en cada caso particular.

Si desde luego, y por inspiración nativa ó divina, el quietista lo sintiera todo bien, le bastaría *con sentirlo*.

La dificultad está en que una vez propagado el quietismo resultaran muchos quietistas santos. Es de temer que resultaran más quietistas animales, mansos ó feroces.

De todas suertes el quietista aceptable, no sería ya quietista en el sentido que expresa la definición del quietismo. Lejos de eso tomaría explícita participación en el ejercicio de las funciones humanas de todo linaje y categoría, sin que esto le privara de la más alta y predilecta contemplación de Dios.

**Quietud**, voz derivada del latín.—El *quien estando*, no moviéndose.

Se ama la quietud, y se ama también la agitación, el trabajo. Estos dos puntos de vista se evocan mutuamente, y sistematizados conducen á la realización del bien. La quietud eterna es la muerte; la agitación sin descanso imposibilitaría la producción de un cuerpo viviente. Ambas son imposibles en absoluto. Entre los extremos que limitan lo posible se conciben intermedios aceptables y variados de infinitos modos.

**Quietud y cambio**.—La quietud es antítesis de cambio.

Tesis, quietud; antítesis cambio; síntesis, quietud en el cambio; anti-síntesis, cambio en la quietud.

La síntesis quietud en el cambio la realiza el sistema planetario.

La anti-síntesis cambio en la quietud la inicia el ser viviente.

El hombre concibe una quietud ideal en el cambio, contrapuesta á la quietud real, que ostenta el cosmos inorgánico en su relación con el ser vivo.

**Quijote**.—Tipo incomparable de los desafueros de la exageración idealista, en contraposición con otro tipo de los inconvenientes del sentido común poco ilustrado. Enfrente de ambos tipos resaltan como correctivo, las ventajas de los fueros idealistas y del sentido común bien entendido.

Cervantes era gran filósofo práctico.

co, sin presumirlo. Mas presumía de poeta, y no sabía que era más que poeta, filósofo.

**Quimera**, del griego *chimaira*, cabra.—Monstruo ideal concebido como real.

Monstruos son todas las creaciones metafísicas; todo lo que pintado en la imaginación, se lleva consciente ó inconscientemente al campo de las realidades exteriores, confundiendo con ellas.

Hay ideales que se pueden realizar, y otros irrealizables, que son las quimeras.

Llamamos *relativamente irrealizable* lo que carece de toda probabilidad; é irrealizable en absoluto lo que no podría realizarse, ni en el ambiente externo ni en el interno, sin flagrantes contradicciones. Estas son las quimeras metafísicas.

**Química**, del griego *chimos*, jugo.—Física de la intimidad de los cuerpos, de sus unidades propias, de sus diferencias, de los cambios en sus modos de ser.

Ciencia de las cualidades íntimas, mecánica y lógica, de la *especificidad* corpórea.

Esta ciencia versa siempre sobre fenómenos y leyes *determinadas ó determinables*. Lo indeterminado no aparece dentro de ella como elemento determinable. Este elemento queda fuera y enfrente de ella, para contribuir al ejercicio de la función viviente.

La antigua química estaba en lo verdadero al apoyarse en la idea de *transformación*.

La química moderna ha caído en el mecanicismo adoptando exclusivamente la *composición*.

Llámanse cuerpos indescomponibles los no *transformables* por los

procedimientos del laboratorio químico.

En todo cambio químico hay producción de fenómenos por distinción ó por identificación exterior, de partes materiales, ponderables, cuantitativas, relacionables con fenómenos de identificación y distinción *no cuantitativa*, esto es, cualitativa ó por *transformación*.

Puede, sin embargo, realizarse la transformación pura sin composición ni descomposición (alotropías, catalicis), como puede haber composición y descomposición sin transformación (fractura, unión de fragmentos), pero en este último caso el fenómeno no se llama químico.

Es, pues, la transformación el carácter específico de la química; la composición es accidental, y puede faltar en todo rigor, aunque falta pocas veces.

Por eso la transformación de un metal en otro por recursos de laboratorio ha sido hasta ahora una quimera, ó más bien una hipótesis. No puede afirmarse que lo será siempre respecto de *todos* los cuerpos que se consideran como simples. Pueden algunos tenidos por simples aparecer como compuestos. Necesarios serán siempre más ó menos simples, como lo son las generalidades autonómicas en la estructura del pensamiento.

**Quimismo**, de química.—Teoría química aplicada á otros estudios de la saber.

La aplicación de la teoría química á la medicina sugiere las siguientes reflexiones:

1.<sup>a</sup> Hay una química orgánica, que estudia químicamente cuanto hay de objetivo en el cuerpo viviente.

2.<sup>a</sup> Puede haber analogía entre las reacciones químicas estudiadas

en el laboratorio, y las que proceden de la intervención de factores químicos en el curso y buen orden de las funciones orgánicas.

3.<sup>a</sup> Hay, sin embargo, en el ser viviente un elemento, que resiste y aun vence á veces la fuerza química transmudadora, merced á la *autonomía* que presta la vida á todo organismo á quien asiste.

4.<sup>a</sup> El estudio de los casos particulares, regidos por transacción entre lo químico y lo viviente, requiere experimentos, en vista de los cuales se obtengan conclusiones genéricas aplicables á otros casos.

5.<sup>a</sup> La autonomía individual seguirá, á pesar de todo, figurando en primera línea en cuantos casos ocurran en la práctica.

6.<sup>a</sup> Sólo un exceso insoportable de energía química, acaba seguramente por dominar con su pesadumbre la energía autónoma del ser vivo.

**Quina**, voz de origen moderno.— Medicamento muy usado en terapéutica.

Este medicamento de las enfermedades del cuerpo sugiere relaciones muy variadas.

Amarga es la quina y amargo es también, hablando metafísicamente, el remedio de muchos males del pensamiento.

¿Será amargo para el paladar del pensamiento el remedio ideal, porque se niegue á satisfacer las corrientes egoístas del sentimiento individual? ¿Se negará en forma análoga la quina á las corrientes activas de la función morbosa del organismo?

Ello es que la experiencia ha acreditado á la quina como el primero acaso de los remedios de aplicación más general, y que actúa como si lan-

zara sobre el fuego de la calentura, el hielo que lanza la reflexión sobre los sentimientos malévolos.

El empirismo (la práctica) es aquí como en todo lo práctico, el soberano juez, mas permítase á la teoría terciar en la solución del problema, con modestas excursiones coordinadas con la experiencia.

Hasta en la oportunidad de la intervención del agente frigorífico en los momentos que preceden al acceso del mal, y no en aquellos en que es de temer una violenta reacción; coinciden la acción de la quina en el organismo enfermo, y la eficacia del remedio moral cuando el mal está en potencia y no precisamente en acto.

El amargor de la quina será, si se quiere, un accidente de los muchos que caracterizan el medicamento; pero nada es despreciable, cuando se trata de consignar relaciones entre las actividades propias de la vida corpórea y las de la vida intelectual.

**Quizá**, del latín *quis scit?*, ¿quién sabe?—Muchas cosas están predeterminadas idealmente en el pensamiento humano, y se esperan con una seguridad muy próxima á certidumbre; ¿quién no espera que el sol lucirá mañana para él, ó al menos para sus semejantes, para el globo terráqueo y el sistema estelar?

Y á pesar de todo, ¿quién sabe? ¿quién puede saber? ¿cómo eludir el quizá?

Pues si no se elude en tan monstruosa suposición, que raya en locura pensar en ella, ¿cuántas otras suposiciones no pueden hacerse en que intervenga el quizá?

Este quizá (quién sabe) es una de las más palmarias manifestaciones de la intervención de lo indefinido en el orden cósmico é intelectual, bajo

los nombres más variados: ignorancia, nada, absoluto, espontaneidad, libertad, unidad, universalidad, etcétera.

En el orden definido ó positivo sig-

nifica casualidad, ó sea acontecimiento no previsto y siempre difícil de prever, aunque no enteramente irrealizable, puesto que si no fuera realizable no sería oportuno decir QUIZÁ